



La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes

Pablo de Marinis

CONICET - Universidad de Buenos Aires

E-mail: pdemarinis@fibertel.com.ar

Papeles del CEIC

ISSN: 1695-6494



Volumen 2010/1

58

marzo 2010

Resumen

La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes

La problematización de la comunidad es omnipresente en la contemporaneidad. Tanto en la forma de artefactos construidos "desde arriba" por la programática estatal, como en la forma de agrupamientos identitarios conformados "desde abajo", proliferan por doquier las referencias comunitarias. Pero no es la primera vez que esto sucede: también a finales del siglo XIX y comienzos del XX la problemática de la comunidad estaba al orden del día en la agenda político-intelectual. De maneras diversas, los sociólogos clásicos intentaron dar cuenta de ella. Este texto pondrá el foco en el pensamiento de Max Weber. Allí, no sólo se verá una concepción de la comunidad entendida como antecedente histórico de la sociedad moderna (rasgo que justamente las historias de la sociología suelen enfatizar en mayor medida), sino también otras dos nociones de la comunidad: en una, ella aparece como concepto sociológico fundamental, como un tipo ideal abstracto y general de relaciones sociales; en la otra, la comunidad adquiere un carácter político-utópico de primer rango, y es el nombre que se le pone a aquellos acontecimientos que quizás puedan recalentar el lazo social en un contexto societal signado por la racionalización y el desencanto. De la mano de este análisis, se espera encontrar en aquellas viejas elaboraciones weberianas alguna inspiración para comprender los perfiles de estas variadas configuraciones comunitarias del presente.

Abstract

The community according to Max Weber: from the ideal type of the *Vergemeinschaftung* up to the community of the soldiers

The problematization of community is omnipresent in contemporary times. Whether as an artifact constructed "from above" by State programmatic, or as identitarian groupings formed "from the bottom up", references to community proliferate everywhere. Nevertheless, this is not entirely new: also between the late XIX and the early XX century, community was a high priority on the political-intellectual agenda. In different ways, classical sociology sought to account for this issue. This paper will focus on the work of Max Weber. There, we will not only find a conception of community as historical background of modern society (feature that histories of sociology often emphasize to a greater extent), but also two other notions of community: one, in which it appears as a fundamental sociological concept, as a general and abstract ideal type of social relations; the other one, in which community acquires a political-utopian character, as the name of what may be able to reheat social bonds in a societal context marked by rationalization and disenchantment. Hand in hand with this analysis, we expect to find in those old Weberian concepts some inspiration to understand the various configurations that community is currently undergoing.

Palabras clave

Comunidad, sociología clásica, Max Weber

Key words

Community, classical sociology, Max Weber





Índice

1) Introducción: sobre la proliferación actual de motivos comunitarios, y sobre la sociología clásica (que pensó en ellos un siglo atrás)	2
2) Los múltiples rostros de la comunidad en la obra Weberiana	10
3) A modo de conclusión.....	26
4) Bibliografía	31

1) INTRODUCCIÓN: SOBRE LA PROLIFERACIÓN ACTUAL DE MOTIVOS COMUNITARIOS, Y SOBRE LA SOCIOLOGÍA CLÁSICA (QUE PENSÓ EN ELLOS UN SIGLO ATRÁS)

Un conjunto de entusiastas consumidores de whisky Jack Daniel's reunidos en la red social de Facebook. Los clientes de la empresa de telefonía móvil Movistar. Un colectivo de indígenas de la etnia otomí que viven en el estado mexicano de Hidalgo. Los residentes del "alternativo" y "multicultural" barrio de Sternschanze, en Hamburgo. Los profesores y los estudiantes de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Los padres, docentes y alumnos de la escuela N° 3 del Distrito Escolar N° 7 de la ciudad de Buenos Aires. Los beneficiarios del Programa "Familia Emprendedora", del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia argentina de Jujuy. Los *floggers* que se reúnen en las escalinatas del Shopping Abasto de Buenos Aires. Un conjunto de personas que se encuentran periódicamente a comer bizcochos de marihuana en un pueblo cercano a Albacete. La agrupación "Putos Peronistas del Partido de La Matanza". La entidad supranacional que nuclea a Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. Los judíos de Guatemala. Los residentes salvadoreños de la ciudad de Toronto. Un grupo de jóvenes punks evangelistas de un barrio suburbano de Buenos Aires. El equipo de investigación que lleva a cabo un proyecto sobre "teorías sociológicas de la comunidad" en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.



Todos estos colectivos tienen en común el hecho de que se nombran a sí mismos y/o son nombrados por otros como “comunidades”.¹ La conciencia acerca de las añejas e intensas implicancias semánticas del término puede estar en mayor o menor medida presente según los casos, pero invariablemente sobrevuela en todos ellos una connotación positiva, del orden de la “fraternidad”, la “unidad”, la “unión”, la “solidaridad”, la “comuni3n” y la “cohesi3n”,² de aquello que compartimos y nos distingue de los otros, de lo que nos identifica como lo que somos, de lo que habla de nuestros or3genes y legados culturales, nuestras inclinaciones, gustos, afanes y, probablemente tambi3n, nuestros destinos compartidos. A menudo tambi3n lo hacen, pero estas comunidades no siempre crecen “desde abajo” y de manera espont3nea, reuniendo y cobijando energ3as que previamente hab3an estado dispersas. A veces ellas son solamente el efecto deliberada y estrat3gicamente perge3ado por analistas consultores, bur3cratas de Estado y expertos de marketing, que encuentran en “la comunidad” un formato m3s amigable, manejable y, sobre todo, menos oneroso para descargar su bater3a de focalizadas intervenciones.³

La problematizaci3n de la comunidad es, pues, omnipresente en la contemporaneidad. Y parece haberse intensificado en las 3ltimas d3cadas, cuando, paralelamente, “lo social”, como entidad emp3rica y como concepto sociol3gico parece haber perdido peso, autoevidencia, densidad.⁴ Las ciencias sociales y humanas intentan, con suertes diversas, ponerse a la altura de estas realidades emergentes, que constituyen un fuerte desaf3o a su hist3rico legado intelectual. No es para menos. En

¹ Me consta personalmente: de algunos de ellos, yo mismo soy (o he sido) miembro.

² Sobre la resonancia casi siempre positiva de “la comunidad”, véase Bauman (2003: 7).

³ Sobre el complejo juego de relaciones que se da entre “comunidades operadas desde arriba” y “comunidades invocadas desde abajo”, es decir, comunidades como objeto de gobierno y como territorio de identidad y sentido, ya pueden encontrarse algunas sugerencias en de Marinis (2005).

⁴ Son precisamente estas tesis las que, inspirados en cierto Foucault, vienen planteando desde hace algunos a3os los llamados “estudios sobre gubernamentalidad” (*governmentality studies*), en especial (aunque no solamente) en el campo acad3mico anglosaj3n. A modo de ejemplo, véase Rose (1996; 1999) y Dean (1999). M3s modestamente, y en el campo de habla castellana, de Marinis (1999).



efecto, habiendo sido testigo ellas mismas (y, más aún, co-productoras) de aquella invención de “lo social” (Osborne y Rose, 1997; Donzelot, 2007), se enfrentan ahora a la tarea de revisar aquel legado y establecer qué, si todavía algo, puede poseer alguna vigencia para enfrentar el desafío de comprender este presente de esquivos y reconfigurados objetos de análisis.

A primera vista lejos de ellas, aunque a la vez inspirado por algunas preguntas y preocupaciones que atraviesan firmemente la contemporaneidad, el foco de este trabajo se pondrá en las décadas que rodearon el anteúltimo cambio de siglo en Europa. Fue también aquella una época en la cual, como hoy, la problemática de la comunidad estaba a la orden del día, y constituía el centro de las disquisiciones de un sinnúmero de “hombres prácticos” así como de diversos racionalizadores de imágenes del mundo (antropólogos, economistas, historiadores, filósofos, sociólogos), cada uno con su orientación analítica particular. Tal parece haber sido el caso incluso en aquellos tiempos en los que los límites entre los espacios disciplinarios no tenían aún el alcance y la profundidad que habrían de tener apenas pocas décadas después. En el marco de toda aquella vasta y diversificada producción intelectual, aquí nos concentraremos en la sociología, más en concreto, en lo que se conoce como la segunda generación de “padres fundadores” que tuvo su campo de actuación a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Enfrentados a la tarea de comprender la emergencia y los perfiles del mundo moderno y de anticipar sus posibles callejones sin salida, los sociólogos clásicos se abocaron (entre otras muy diversas tareas) a la realización de una compleja construcción conceptual acerca de “la comunidad”, planteada a menudo en fuerte tensión con su par dicotómico: “la sociedad”. Ferdinand Tönnies fue, indiscutiblemente, un precursor a este respecto. En el presente trabajo se intentará demostrar que “comunidad” pudo asumir por entonces significados muy diferentes para estos clásicos, y no sólo aquellos que las perspectivas convencionales de historia de la disciplina sue-



len enfatizar, es decir, los que resultaron de una mirada nostálgica del orden premoderno, o de una consideración de la comunidad como lo meramente sido, como lo definitivamente pasado. Junto a esta dimensión que, por cierto, también estuvo presente en ellos,⁵ hubo en algunos de los autores de esta generación sociológica otras dos orientaciones o actitudes acerca de la comunidad.

Anticipando ahora brevemente el argumento que luego se desplegará con mayor detalle: la tarea de los clásicos no se restringió meramente a un ejercicio de recuperación de la vieja comunidad entendida como *pasado*, como antecedente histórico de la sociedad moderna, sino que también incluyó un esfuerzo científico-sociológico de comprensión del formato que pueden asumir *actualmente* (queda claro que se habla de la actualidad de ellos) las relaciones interindividuales y las formas de convivencia humana bajo condiciones de modernidad, donde “comunidad” aparece como una entre esas posibilidades; y, por último, comunidad puede asumir también un carácter programático, utópico y político de primer orden, al mismo tiempo manifestando una crítica del presente así como anunciando una posibilidad y un ferviente deseo de recuperación de dimensiones comunitarias para el *porvenir*, como una vía de salida del pozo ciego al que, desde su punto de vista, había conducido a la humanidad la racionalización moderna.

En resumen, se han establecido hasta ahora tres limitaciones a los alcances del presente trabajo. Una, de carácter disciplinario. En virtud de ella, será precisamente la sociología la que merecerá la mayor atención. En segundo lugar, un recorte generacional o temporal: son los sociólogos de finales del siglo XIX y de comienzos del XX quienes en mayor medida han problematizado la comunidad, en una forma que a la generación sociológica anterior (la de Comte y Saint-Simon) y al materialis-

⁵ En dosis diversas según los autores y las épocas en las que realizaron sus respectivas intervenciones



mo histórico de Marx todavía no le había resultado posible. Una tercera limitación será de carácter “espacial-nacional”: Alemania. Allí, la problematización sociológica de la comunidad adquiere perfiles distintivos, que la hacen especialmente interesante para una exploración detallada, en su contrapunto con otra palabra clave que, por cierto, también es “muy alemana”: racionalización.⁶

Dicho esto, sólo restaría especificar qué autores van a abordarse en concreto en este artículo. Sobre el tan incidentalmente citado como poco profundamente estudiado Ferdinand Tönnies nos hemos ocupado en otros trabajos.⁷ Un análisis exhaustivo de las (comparativamente, mucho más esquivas) referencias simmelianas acerca de la comunidad se encuentra en curso en el equipo de investigación que coordino.⁸ Así, pues, nos habremos de referir aquí a Max Weber. Desde luego, al tratarse justamente de él, sabemos que no estamos discutiendo un autor marginal o periférico, como en cierto modo lo es hoy Tönnies. Sin embargo, no son numerosos los trabajos donde, como en el que aquí se presenta, se ponga específicamente el foco en los variados alcances y significados que la comunidad asumió en su pensamiento.⁹

Retomando el argumento planteado más arriba: no sólo en Weber, aunque aquí serán exploradas principalmente en su obra, pueden hallarse tres problematizaciones diferentes (complejamente articuladas, superpuestas, sólo analíticamente diferenciables) acerca de la comunidad:

⁶ Son conocidas las importantes diferencias que hubo entre una “línea alemana” (centrada en la “racionalización”) y una “línea francesa” (cuya palabra clave fue “diferenciación”) en la sociología de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Los perfiles distintivos de la “línea alemana” aparecen muy claramente desarrollados por Breuer (1996), quien reconstruye un detallado recorrido intelectual que va de Tönnies a Weber, pasando por Sombart, Scheler y Simmel. Haciéndose (y haciéndole a los autores) otras preguntas, también Liebersohn (1988) trabaja sobre Tönnies, Weber y Simmel, pero además sobre Troeltsch y Lukács.

⁷ de Marinis (en prensa); [Alvaro](#) (2010).

⁸ Torterola (2009) ya ha avanzado al respecto.

⁹ Por ejemplo, véanse los trabajos de [Haidar](#) (2010) y [Torterola](#) (2010).



1) Una incorpora el concepto de comunidad como fundamental para la constitución-fundación de un *discurso sociológico* formal, abstracto y con elevadas pretensiones de cientificidad. Se trata de una contribución para una especie de “sociología sistemática” o de “sociología pura” que pretende describir la realidad “tal cual es”, aceptando con resignación las “duras realidades de la vida” moderna.

2) Otra apuntala este discurso sociológico formal y “vaciado” de historia por medio de una consecuente *narración histórica*, que supo también llevar consigo una actitud en cierto modo nostálgica respecto del pasado comunal de la sociedad moderna.¹⁰ En esta problematización, se vislumbra un esfuerzo por desplegar una especie de “sociología histórica” que intenta comprender y explicar causalmente un presente moderno eminentemente societal, partiendo de la consideración de un pasado comunal.

3) La tercera problematización de la comunidad involucra una actitud de “proyección utópica”, que supone la utilización de este concepto como dispositivo teórico-ideológico que permite, por un lado, condenar el presente eminentemente societal al que condujeron los procesos de modernización, y a la vez proyectar o esbozar los perfiles de un futuro comunitario (así sea fragmentario, acotado, excepcional, puntual, local, episódico) como posible salida del “pozo ciego” al que ha conducido la racionalización moderna. En esta empresa, los instrumentos de la ciencia se disponen para apuntalar una suerte de “imaginación política”. Esto no implica una ciencia “inundada” de valores, o meramente puesta al servicio de la propaganda ideológica, sino una situación en la que, de la mano de una demarcación precisa de ámbitos y de incumbencias, se aspiraba no obstante a establecer fructíferas relaciones entre

¹⁰ Esto acontece en mayor medida en Tönnies que en Weber, conviene aquí subrayar al paso.



ambos campos de intervención: la ciencia y la política, el saber y el poder, la razón y la pasión.

Las dos primeras problematizaciones sociológicas acerca de la comunidad en Weber se sobrevolarán rápida y brevemente (2.a y 2.b), dado que este análisis se ha hecho mejor, y más exhaustivamente, en algunos otros (pocos) textos, que serán oportunamente citados. Un énfasis mayor estará puesto en la tercera problematización, en la que la comunidad es considerada como una suerte de utopía política (2.c). Es esta versión de la comunidad la que, comparativamente, ha sido menos explorada. Además, dado su carácter de “artefacto” o “invención”, y en vistas de que también nuestra época es prolífica en comunidades “inventadas” como las que se mencionaron al comienzo del artículo, quizás sea esta variante de la comunidad la que posea mayor vigencia y actualidad a la hora de reflexionar acerca de algunas de las numerosas y variadas “cuestiones comunitarias” que atraviesan nuestro presente. El trabajo se cerrará en (3), articulando en la forma de breves y fragmentarias conclusiones el análisis de la problematización weberiana acerca de la comunidad con algunos desafíos que nos suministra nuestra época, a la vez tan “comunitaria” como “postsocietal”.

1-a) Brevísimo excursus sobre la distinción “sociología histórica” vs. “sociología sistemática”

La distinción “sociología histórica” vs. “sociología sistemática” despuntó con toda su fuerza en el mundo académico alemán recién en la década del `20. Interesa aquí desarrollar brevemente en qué consistió tal distinción, dado que Weber anticipó sus contenidos unos pocos años antes de que emergiera. Además, porque dos de las nociones de comunidad presentes en su obra y, por el momento, apenas reseñadas arriba, participan de ambos lados de la misma.



En efecto, la temprana intervención de Weber en aquellos debates se montó, a su vez, en los coletazos de la *Methodenstreit*,¹¹ y en particular retomó los aportes que a aquella disputa había realizado el filósofo neokantiano Wilhelm Windelband al distinguir entre ciencias “ideográficas” y ciencias “nomotéticas”. La “sociología histórica” y la “sociología sistemática”, enarbolando – cada una a su manera – diferentes pretensiones de científicidad, procuraron distanciarse claramente de lo que por entonces se caracterizaba como la “sociología enciclopédica” propia del siglo XIX (Comte, Spencer, etc.), por una parte, y del materialismo histórico, por la otra.

La sociología histórica, por un lado, estaba básicamente comprometida con la elaboración de teorías del devenir histórico de la “sociedad burguesa”. Muy influenciada por el existencialismo fenomenológico y quizás también luego por el decisionismo schmittiano, la sociología histórica rechazó decididamente el evolucionismo y las visiones teleológicas de la historia, y procuró develar la especificidad y el carácter único e irrepetible de las configuraciones sociales e históricas que sometieron a análisis. Por otro lado, la sociología sistemática se orientó a la elaboración conceptual abstracta de las relaciones sociales fundamentales, de las formas que asumen los agrupamientos humanos y de la estructura estática de la sociedad.¹²

¹¹ La “disputa por el método” fue una importante controversia que se dio en las ciencias sociales y humanas a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Comenzó como una confrontación entre la escuela austriaca de economía y la escuela histórica alemana, y luego se ramificó en variadas direcciones. Los temas de esta disputa fueron variados: las semejanzas y las diferencias metódicas entre las ciencias naturales y las histórico-culturales, el papel de los juicios de valor en la actividad científica, etc. Los escritos metodológicos weberianos tomaron posición ante todos estos temas (1973). Una de las mejores síntesis de esa disputa, y de la forma en que ella influyó sobre el pensamiento de Weber, sigue siendo el pionero trabajo de Rossi (1973).

¹² No podrá aquí desarrollarse de qué manera ambas tradiciones sociológicas fueron continuadas posteriormente. Apenas se dirá que el principal y más famoso heredero de esa “sociología sistemática” habría de ser Talcott Parsons.



Esta distinción entre ambos tipos de sociología es de tal importancia que Raymond Aron, en su fundamental trabajo de 1935 (1965),¹³ organizó su libro dedicando un capítulo específico a cada uno de ellos. Pero el tercer capítulo lo destinó a la consideración de la obra de Max Weber, un autor que, a su juicio, combinó de manera precursora elementos históricos y sistemáticos, yendo con ello más allá de los sesgos y unilateralidades que ambas perspectivas habrían de tener posteriormente. De los “múltiples rostros de la comunidad en la obra weberiana” que se tratarán a continuación, el primero está sin duda emparentado con sociología histórica, mientras que el segundo lo está con la sistemática. El tercero, a su vez, tiene unas especificidades que hacen imposible inscribirlo en alguno de ambos tipos de sociología, como luego se verá.

2) LOS MÚLTIPLES ROSTROS DE LA COMUNIDAD EN LA OBRA WEBERIANA

Klaus Lichtblau (2001) sostiene que Tönnies podría ser incluido dentro de ese tipo de autores que se caracterizan por elaborar una única y fundamental distinción conceptual que se repite permanentemente a lo largo de toda una obra, ofreciéndole a sus lectores en cierto modo “un tema con variaciones”, una y otra vez “la misma melodía básica”: comunidad-sociedad.¹⁴ Pero, también según Lichtblau, muy distinta debería ser la consideración de la obra de Weber. Se trataría en este caso de un pensamiento en el cual se presentan numerosas distinciones conceptuales, las que son permanentemente reelaboradas, y que por tal motivo hacen necesaria una reconstrucción posterior de los sinuosos recorridos de la historia de la obra.¹⁵ El cam-

¹³ Un trabajo sin duda pionero en la realización de un acercamiento entre esas tradiciones de pensamiento relacionadas históricamente de manera tan “complicada”, como lo fueron la alemana y la francesa.

¹⁴ A este mismo grupo pertenecería - siempre según Lichtblau - un autor como Habermas. En el caso de este último, la distinción conceptual fundamental sería “trabajo-interacción”, o “acción orientada al éxito-acción orientada al entendimiento”.

¹⁵ En este caso, la analogía es establecida por Lichtblau entre Weber y Luhmann.



biante y ambiguo significado del concepto de comunidad en la obra weberiana es un buen lugar en el cual someter a contrastación esta hipótesis de lectura.¹⁶

Tal como se anticipó más arriba, “comunidad” no siempre arrastra los mismos significados, en ningún autor, y menos aún en Weber. Como no podría ser de otro modo al tratarse de él, se presentarán en lo que sigue (¡de manera ideal-típica!) tres significados distintos de la comunidad en diversos textos suyos. Se insiste en lo “ideal-típico” para enfatizar el carácter meramente analítico de la distinción. En efecto, como se verá, en la “realidad” los significados de estos enunciados pueden no presentarse en forma pura, clara, prístina, sino que por lo general aparecerán entremezclados, superpuestos, entreverados, sobreimpresos, solapados.

2.a) La comunidad en el contexto de un relato histórico

Es un lugar común en muchos trabajos sobre historia de la sociología atribuirles en bloque a los sociólogos clásicos una visión nostálgica de la “comunidad perdida” debido al avance incontenible y arrollador de los procesos de modernización social que ellos intentaron comprender. “Grave transición histórica” del siglo XIX, es el sintagma preferido por Nisbet (1996: 101), y que justamente así formulado o en formas parecidas es utilizado por muchos otros para describir estos mismos procesos. En efecto, Tönnies no ahorra graves palabras para connotar el proceso de modernización como una “desintegración incontenible en su progresivo avance” (1947: 272).¹⁷

¹⁶ En una línea que en este aspecto se parece a la de Lichtblau interviene Ferraresi (2003), para quien la elucidación del significado del concepto de comunidad en Weber sólo puede hacerse cabalmente si se considera la obra en su conjunto, y no sólo los escritos políticos y las “partes políticas” de *Economía y Sociedad*. Esto es justamente lo que este autor hace en el libro que aquí se cita.

¹⁷ No es ésta la única caracterización acerca de la modernidad esgrimida por Tönnies, pero la presencia de afirmaciones de este tipo es indiscutible, en especial en sus primeras obras. Cf de Marinis (en prensa) y la variada bibliografía que allí se cita. Ver también Farfán (1998; 2007), uno de los pocos autores de habla castellana que se ha ocupado específicamente de la obra tönnesiana.



Poniendo énfasis en posiciones de esta índole, toda la sociología clásica del siglo XIX podría quedar reducida apenas a una mera “sociología del orden”, refutadora o, en el mejor de los casos, crítica interlocutora del materialismo histórico, y temerosa observadora de la ebullición revolucionaria de las masas, una sociología que simplemente se dedicaría a rememorar con incontenible nostalgia los apacibles tiempos idos del mundo premoderno.¹⁸ Esto, además, se suele hacer sin realizar distinción alguna entre las diferentes generaciones sociológicas, a las que el mote de “nostálgicas” no les puede caber del mismo modo, como se intentará demostrar aquí.

Distinguir entre diversas generaciones sociológicas es un recurso bastante habitual en las historias de la disciplina. Lamo de Espinosa (2001), por ejemplo, habla de cinco generaciones de sociólogos. Para nuestro argumento, interesa afirmar que no sería adecuado atribuir una inclinación nostálgica a la generación de Comte (la generación de los “fundadores”, según Lamo) del mismo modo que a la de Weber o Durkheim (los “institucionalizadores”). Esto se debe, sobre todo, a la diferencia temporal: la “modernidad sociológica” (no la histórica, ni la filosófico-política, cuya emergencia podría datarse mucho tiempo antes) hizo emerger a finales del siglo XIX una serie de fenómenos con una contundencia tal que autores como Comte y Saint-Simon, a comienzos y mediados del mismo siglo, no habrían podido siquiera imaginar, fenómenos relacionados con las impresionantes transformaciones políti-

¹⁸ Es notable cuánto de esta imagen de la sociología clásica como emprendimiento conservador o, cuando menos, reacio a un futuro de signo socialista se puede ver ya anticipado en Lukács (1976). Se trata en este caso de una perspectiva que habría de resultar muy influyente en ciertas historias de la sociología posteriores, de raíz marxista, como la de Zeitlin (1970). Mucho más balanceada, menos sesgada (aunque no meramente limitada a la historia de la sociología, sino considerando un campo cultural mucho más amplio) es la visión de Ringer (1995).



cas, económicas, sociales, que se volvieron decididamente vertiginosas a finales del siglo XIX.

Robert Nisbet ha sido sin duda un gran historiador de la sociología, pero es un exponente de este tipo de mirada sesgada que entiende la perspectiva de los clásicos acerca de la comunidad casi exclusivamente en clave de nostalgia, dejando así de lado otras posibilidades que los propios textos también permiten entrever, como se espera demostrar aquí. Una posición tan unilateral como la de Nisbet impide visualizar los matices, los cambios de posición, las contramarchas que los autores fueron dando, al vaivén de los profundos cambios acaecidos en la época, de los debates que ellas generaron, así como de las diversas etapas que fue atravesando la disciplina sociológica en el camino hacia su consolidación institucional. Indudablemente, visiones de este estilo reducen complejidad. Por ejemplo, cuando Nisbet afirma que “toda la sociología del siglo XIX está imbuida de un tinte de nostalgia en su propia estructura” (1996: 104). O como cuando condensa la compleja empresa sociológica en un conjunto de “ideas-elemento”, una de los cuales es justamente la comunidad. Pero es alto el precio que se debe pagar por realizar simplificaciones de este tipo. Como luego se verá, una actitud nostálgica acerca de la comunidad estuvo sin duda presente en algunos textos de los clásicos de la disciplina, pero no fue la única, ni siquiera la más importante actitud que asumieron.

De las tres problematizaciones acerca de la comunidad que se considerarán en este trabajo ésta es la que tiene un mayor carácter o una mayor ambición de corte “histórico-universal”.¹⁹ En este caso, los mojones “comunidad” y “sociedad” marcan los puntos de inicio y de llegada de un proceso histórico de transición de la tradición a la modernidad, proceso que en Alemania fue por lo general comprimido con

¹⁹ Anticipando parte de los argumentos que siguen: la siguiente problematización será de corte más propiamente “científico-sociológico” (2.b), y la última será de carácter más bien “político” (2.c).





la palabra clave de la “racionalización” (en Weber²⁰ y Tönnies esto es evidente) y en Francia, por otro lado, con la de “diferenciación” (Durkheim).²¹ Sin embargo, más allá de lo que pueda haber en común entre los sociólogos que localizaron a la comunidad en una perspectiva histórica, hay también enormes diferencias entre ellos.

Así, por un lado, pueden tener lugar referencias históricas ciertamente neutrales, en el mero sentido de describir “lo que había antes, y lo que hay ahora”, y que tienen muy poca o una imperceptible carga valorativa. Así se lee en Weber, por ejemplo en algunos tramos del “Excurso” de los *Ensayos de Sociología de la Religión* (1987), donde el relato histórico no se carga de valoraciones (o, al menos, se cuida mucho de hacerlo) y asume un tono marcadamente descriptivo-reconstrutivo de un proceso histórico complejo.

Hay además otras posiciones en las cuales también se sostiene que “antes había esto, y ahora hay esto otro”, pero agregando valoraciones muy fuertemente positivas acerca del resultado de ese proceso. Los ejemplos de valoración positiva de la modernidad societal, en este caso, son las abundantes referencias en los textos weberianos a los “derechos del hombre” como conquista eminentemente moderna, lo mismo que sus menciones en las cuales aparece una noción de irreversibilidad del cambio histórico, verificada en la imposibilidad, para el “hombre moderno”, de siquiera poder imaginar como podría ser posible tolerar el vivir bajo otras condiciones.

Es justamente a este Weber al que Mommsen denomina “un liberal en la situación límite” (1981), dado que para Weber esas libertades pudieron emerger de la

²⁰ Paradigmáticamente, y sólo por citar un texto, puede mencionarse la introducción de 1920 a los *Ensayos de Sociología de la Religión* (1987), donde la racionalización aparece fuertemente realizada como signo de la época y como tendencia inmanente de un proceso histórico específico de Occidente.

²¹ No debe dejar de recordarse aquí que el alemán Simmel también se dedicó y muy fuertemente al análisis de la “diferenciación”, tan pronto como en 1890.



mano de otros procesos, de carácter inevitable, que a su vez pueden ponerlas en riesgo, como por ejemplo la burocratización de las instituciones modernas. Así, se pregunta Weber: “Ante este predominio de la tendencia a la burocratización, ¿qué posibilidad queda todavía, realmente, de salvar algunos restos de una libertad de movimientos de *algún modo* ‘individual’? Porque, al fin y al cabo, creer que nosotros (...) podríamos vivir hoy sin estos logros de la época de los ‘derechos humanos’, es querer engañarse a sí mismo de la manera más torpe” (1991: 145-6; el subrayado es de Weber).²²

Más allá de la neutralidad de los juicios, o de la valoración positiva o negativa del proceso de racionalización y de sus consecuencias, Weber ha aportado razones o explicaciones históricas acerca de por qué las transformaciones se han dado de cierta manera y no de otra. Mientras que Tönnies pretende dar cuenta de un proceso evolutivo general que va “de la comunidad a la sociedad”, a menudo también genera la sensación de que se le escabulleran los “pasos intermedios”, o que no le interesara mayormente describirlos en detalle. En Weber, en cambio, la explicación genética-histórica ocupa un lugar fundamental. Esto puede verse ya desde sus obras de juventud, por ejemplo, en el trabajo sobre la situación del campesinado al Este del Río Elba (1990). Localizado en un contexto territorial y epocal determinado, explica allí Weber de qué manera el avance de la economía monetaria y de las relaciones de mercado capitalistas en Prusia Oriental destruyeron la “comunidad de intereses” previamente existente entre los trabajadores rurales y los terratenientes.²³ Y, desde luego, este formato de la argumentación histórica continuaría en varios de los escritos que posteriormente irían a reunirse en ese verdadero palimpsesto que es *Economía y Sociedad* (1984).

²² Por demás, y pese a que ha pasado en la recepción posterior como un pensador eminentemente nostálgico, no escasean tampoco en Tönnies referencias similares, en el sentido de defender el progreso, la ilustración, el desarrollo y la civilización como “hechos positivos” (1947: 10).

²³ Este texto del joven Weber es cuidadosamente desmenuzado por [Haidar](#) (2010).



2.b) La comunidad como tipo ideal sociológico

Así como en la problematización acerca de la comunidad presentada en el apartado anterior, ésta aparecía inserta en un relato histórico de larga duración, aquí se considerará un aporte conceptual orientado a la constitución de un campo disciplinario genuinamente sociológico, relativamente autónomo de otro tipo de discursos. En suma, un claro intento por fundar una disciplina científica que pudiera explicar y comprender las complejas realidades de la época, respetando y promoviendo los cánones de la cientificidad que prescribían, como se sabe, una localización específica de los valores en el proceso de la investigación, por la cual los juicios de valor nada tenían que ver con la actividad científica, puesto que ella debía dedicarse exclusivamente a producir “juicios de hecho”.²⁴

En el caso de Weber, los primeros pasos hacia una sociología formal, abstracta, sistemática y conceptualmente rigurosa se encuentran en el famoso ensayo “Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva” de 1913, que sería publicado luego en la compilación de ensayos sobre doctrina de la ciencia (1973) que realizó Marianne Weber luego de la muerte de su marido.²⁵ Los capítulos cronológicamente más “nuevos” de *Economía y Sociedad* (1984), por su parte, habrían de completar el recorrido allí iniciado.²⁶ No quiere con esto decirse que se trate en todos estos textos de intentos compactos y unívocos, donde sólo se haya manifestado una pretensión de cientifización de la sociología en una dirección abstracta y formal.

²⁴ Para que quede clara nuestra posición, se dirá aquí simplemente que la “neutralidad valorativa” weberiana no debe entenderse como una simple “extirpación” de todos los valores del proceso de la investigación, como a menudo las lecturas influidas por Parsons han tendido a señalar. Aguilar Villanueva (1984) es muy elocuente y claro al respecto.

²⁵ Ese libro incluye también los ensayos en los cuales se explican detalladamente los temas antes mencionados (la relación entre “juicios de hecho” y “juicios de valor”, el papel de los valores en la investigación histórico-cultural, etc.). Véanse especialmente los ensayos sobre la “objetividad cognoscitiva” de 1904 y la “neutralidad valorativa” de 1917.

²⁶ El debate sobre las partes “nuevas” y “viejas” de *Economía y Sociedad* ha dado numerosos frutos. Uno de ellos, sintético, relevante y relativamente reciente, es el de Mommsen (2000).



Como luego se demostrará, no sólo estos textos, sino la obra completa de Weber está atravesada por ambivalencias, matices, marchas y contramarchas, en las que una aséptica pretensión de cientificidad y una apasionada vocación política se van a mezclar en dosis de muy dificultoso discernimiento.

Si bien estos textos han sido abundantemente abordados por los comentaristas, sigue sin saldarse totalmente la discusión acerca de las relaciones que habrían existido entre ellos. Así, mientras algunos sostienen que entre 1913 y 1920 habría habido una suerte de “refinamiento” del instrumental conceptual, otros sostienen que en esos años habría tenido lugar un desplazamiento importante en el pensamiento weberiano, cambiando incluso rasgos básicos de su orientación, por lo cual se empezarían lentamente a morigerar (aún sin abandonarlas nunca del todo, por supuesto) sus inclinaciones histórico-universales, tomando la dirección hacia una sociología de carácter más abstracto y tipológico, de corte más bien “individualista metodológico”.²⁷

En el “ensayo de las categorías” de 1913, habitualmente reconocido como la primera formulación de la “sociología comprensiva” weberiana, aparece una larga y engorrosa enumeración de términos en los que, en el medio de un primer intento por formular una teoría de la acción, se articulan algunas referencias a la comunidad. Se trata, también aquí, de los famosos “tipos ideales”, pieza clave de la metodología weberiana.²⁸ Los conceptos más importantes para mencionar aquí son aquí “actuar en comunidad” (*Gemeinschaftshandeln*), “actuar en sociedad” (*Gesellschaftshandeln*) y “actuar por consenso” (*Einverständnishandeln*).²⁹

²⁷ Lichtblau (2003) explica muy bien cuáles son las notas distintivas de estas “dos sociologías de Max Weber”. Sobre Weber y el “individualismo metodológico” pueden consultarse los diferentes trabajos contenidos en Naishtat (comp) (1998). Un punto de vista diferente lo ofrece Nocera (2006).

²⁸ Unos pocos años antes y con mucho menos éxito que Weber, a esto mismo Tönnies le había dado ya el nombre de “conceptos normales”. Véanse al respecto los comentarios que el propio Tönnies realiza en (1942: 10).

²⁹ En Fitzi (1994) hay una cuidadosa reconstrucción de todos estos conceptos.



Algunos años después, en el famoso capítulo de los “conceptos sociológicos fundamentales” de *Economía y Sociedad* (1984: 5-45), todos estos conceptos habrían de desaparecer, y en el marco de un intento de clasificación de las relaciones sociales pasarán a ocupar un lugar destacado los conceptos de “comunización” y “socialización” (*Vergemeinschaftung* y *Vergesellschaftung*), llanamente traducidos por los traductores españoles del Fondo de Cultura Económica como “comunidad” y “sociedad”, respectivamente, operación a través de la cual lamentablemente le quitaron a los términos la connotación procesual que el prefijo “ver” pretendía otorgarles.³⁰ En efecto, en *Economía y Sociedad*, “comunidad” y “sociedad” aparecen mucho menos como constructos “fuertes” en un sentido ontológico que como dimensiones, rasgos o aspectos que pueden estar presentes, incluso de manera simultánea, en cualquier relación social. De hecho, *Vergemeinschaftung* y *Vergesellschaftung* aparecen enmarcados en su intento de clasificación tipológica de las relaciones sociales.

Por demás, en capítulos correspondientes a la “parte vieja” de este libro, hay también abundantes referencias weberianas a las “comunidades domésticas”, “comunidades étnicas”, “comunidades políticas”, hasta llegar a la - a todas luces paradójica - “comunidad de mercado”. Pero el tono de todas estas “comunidades” es ciertamente diferente al que habría de tener en momentos posteriores. En esta parte de su obra, Weber parece todavía manejar una noción de comunidad bastante neutral, casi equivalente a “grupo”.³¹ Luego, pasará a tener mucho más peso en sus consideraciones el carácter procesual de una configuración de la vida colectiva que “deviene” comunidad o sociedad, tipos que incluso podrán coexistir en una y la misma configuración. Así, el foco pasará a colocarse en el posicionamiento subjetivo de

³⁰ Véase, al respecto, la curiosa nota que estos traductores introducen en la página 33, en la cual explican de manera muy poco convincente las decisiones terminológicas que tomaron.

³¹ Así lo ve Schluchter, en el reportaje que le hace de Marínis (2008, 187).



los participantes en una determinada relación social, poniendo ya sea el énfasis en la sensación de formar “parte de un todo” (*Vergemeinschaftung*), o bien en la persecución racional de fines o ajuste de intereses (*Vergesellschaftung*).

En qué medida hubo influencias de Tönnies sobre Weber en las más que cambiantes nociones de comunidad del segundo también es todavía objeto de interesantes discusiones. En este contexto pueden mencionarse los diferentes reconocimientos que Weber realizó expresamente de su deuda con la obra de Tönnies. Por ejemplo, en el ensayo sobre las “categorías” de 1913, Weber reconoce la centralidad de la obra “siempre importante” de Tönnies como antecedente para la suya (1973: 175). Años después, en los escritos que luego serían publicados bajo el título de *Economía y Sociedad*, el tono del comentario cambia ligeramente: ahora se trata apenas de “das schöne Werk” (la bella obra) de Tönnies (1984: 5). Así, analizar cuánto del pensamiento de Tönnies permanece en Weber es un tema de investigación en sí mismo. Del “ensayo de las categorías” hasta *Economía y Sociedad* hay un largo trecho, y los conceptos de *Vergemeinschaftung* y de *Vergesellschaftung* que Weber desarrolla en el último libro mencionado quizás conserven mucho menos del pensamiento de Tönnies que los textos anteriores.³²

Si bien estos temas requerirían un desarrollo mucho mayor, en lo que sigue (y hasta el final del trabajo) se intentará explicar el significado y los alcances de un registro muy diferente de la noción de la comunidad en Weber, precisamente el que en mayor medida revela una tonalidad o un cariz utópico.

³² Así, por ejemplo, lo ve Villacañas (1996: 46), y también Schluchter, desde otro punto de vista, en la entrevista que le hace de Marinis (2008:187). Cf. Lichtblau (2000).



2.c) La comunidad como artefacto político-utópico

En este tercer registro la comunidad no aparece como lo pasado, como lo sido, como aquello que los progresos de la modernización disolvieron o destruyeron (como se vio más arriba sobre todo en el caso de su trabajo acerca de los campesinos al Este del Río Elba), ni tampoco como un “tipo puro” en el contexto de sus “conceptos sociológicos fundamentales”, sino como una posibilidad siempre abierta, como una eventualidad, como una posibilidad de “recalentamiento” de los lazos sociales aún en (y quizás debido a) los contextos abiertos por una racionalización y un desencantamiento crecientes.

Un buen punto de partida para considerar este otro registro de la comunidad lo constituye el conocido “excursus” de los *Ensayos de Sociología de la Religión* (1987). Como se sabe, condensado en apenas 30 maravillosas páginas, Weber presenta allí un esquema general de una “teoría de la modernidad” que tiene por palabra clave la “racionalización”, y donde se pone el centro del argumento en la diferenciación de “esferas de valor” (1987: 437) que la modernidad trajo consigo, regidas cada una por “específicas legalidades internas” (1987: 441), donde se muestran las tensiones entre ellas mismas, y además entre cada una de ellas y la dimensión ético-religiosa de la existencia. En cada una de estas esferas la “comunidad” va a asumir significados muy diferentes, como se intentará mostrar en lo que sigue.

Antes de iniciar el despliegue analítico por separado de cada una de las esferas, Weber indica un primer momento de gran conflictividad para el individuo en lo que hace a sus tradicionales inscripciones o inserciones comunitarias previas, en el marco del largo y complejo proceso de racionalización de las imágenes del mundo. Se trata de las tensiones que surgieron entre las nuevas comunidades religiosas surgidas a la luz de las profecías de salvación y la “comunidad natural de linaje” (1987: 441). Devaluando fuertemente el significado de estas últimas, el individuo se vio así sumergido en una nueva “ética religiosa de la fraternidad” (1987: 442), la que,



a su turno, y ya bajo condiciones de modernidad, también habría de volverse imposible e impracticable. Para explicar de qué manera tuvo lugar este proceso, no es casual que la primera “esfera de valor” que desarrolla Weber sea la económica. El argumento es bien conocido: la racionalización de la economía (y sus notas distintivas: empresa práctica, dinero, mercado, cálculo, etc.) dio lugar a un “cosmos” abstracto e impersonal, y a medida que la economía capitalista “fue siguiendo más sus propias leyes inmanentes, se fue haciendo más inaccesible a cualquier relación imaginable con una ética religiosa de la fraternidad” (1987: 443). Es decir, la modernidad capitalista (ese orden impersonal que resulta - sobre todo aunque no solamente - de la racionalización de la esfera económica) hace imposible la “comunidad”, y la tonalidad ética peculiar que, típico-idealmente, la impregnaba.

Sin embargo, esto no habla de una absoluta imposibilidad de toda forma de comunidad. La fragmentación de las esferas característica de la modernidad permite que lo que es válido para una de ellas no necesariamente deba regir para las otras. Así, el análisis que Weber realiza de la racionalización de la esfera política demuestra que hay otro lugar imaginable para la comunidad. El relato histórico de Weber toma allí como punto de partida el momento en el cual dominaba la religiosidad mágica o la religiosidad de los “dioses funcionales” (1987: 445). Estos dioses acreditaban su poder luchando contra otros de igual rango, y exactamente lo mismo hacían las comunidades que los adoraban. La irrupción de las religiones universalistas (y de la ética fraternal que a ellas iba asociada) dio inicio a tensiones entre esta ética y el orden político del mundo. Este orden político, al racionalizarse, despersonalizó la relación entre “los que mandan” y “los que obedecen”. El universalismo religioso derribó las barreras constituidas previamente entre los ámbitos “naturales” de dominio. Posteriormente, ya con el surgimiento del aparato burocrático estatal tuvo lugar además una clausura territorial, en la cual se localizó el actuar del *homo politicus* racional, y pasó a dominar por doquier el “pragmatismo objetivo de la razón de Estado” (ibídem).



Es justo en este punto cuando el argumento weberiano realiza un vuelco. Tal como se apuntó más arriba, economía racional y ética de la fraternidad no pueden sino sacarse chispas. La política, por su parte, en ciertas y determinadas ocasiones, “puede entrar en directa competencia con la ética religiosa” (1987: 446). Pero esto, a su vez, permitiría la apertura de otras posibilidades para la emergencia de “comunidad”, aquel constructo prácticamente imposible bajo el ángulo de observación de la mera racionalización de la economía. El argumento weberiano se vuelve en este punto “explosivo”, (nunca mejor dicho) justo en el momento en que comienza a referirse al fenómeno de la guerra. Ya no se trataría, entonces, de la amenaza del uso de la violencia (ese universal, esa verdadera constante de la política en la visión weberiana) sino del crudo “paso el acto” de esa amenaza. En este texto escrito entre 1915 y 1916, justo en medio de la Primera Guerra Mundial, afirma Weber que la guerra crea en las modernas comunidades políticas “un *pathos* y un sentimiento de comunidad”, “entrega” y “comunidad de sacrificio” entre los combatientes (ibídem). No es poco lo que afirma Weber, que llega a comparar estos fenómenos modernos derivados de la guerra con los que en el pasado produjeron las comunidades de héroes imbuidas de una ética de la fraternidad.

Como si esto no fuera ya suficiente en lo que hace a “fenómenos de masas”, incorpora Weber a su argumento algunas consecuencias individuales, personales, subjetivas de la guerra. Entre ellas, la más importante, es la que le proporciona al guerrero “la percepción de un significado y una sacralidad de la muerte”. Prosigue Weber: “La comunidad del ejército sobre el campo de batalla se siente hoy (...) como una comunidad hasta la muerte: la comunidad más grande de todas” (ibídem).³³

³³ Todo el texto de Losurdo (2003), pero en especial su capítulo 1, está lleno de referencias por el estilo tomadas de la obra weberiana. También son ilustrativos diversos pasajes de la biografía de su marido que escribe Marianne Weber, en especial en el capítulo 16, donde da cuenta del entusiasmo y la emoción que despertó en Weber (y en ella misma) la “Gran Guerra”, cuando “un amor ardiente a la comunidad rompe los límites del yo” (1995: 713). Las diversas posiciones de los clásicos de la socio-



Una posición bastante similar aparecía ya en *Economía y Sociedad*, en el capítulo sobre las “comunidades políticas”, uno de los pasajes de esa obra que fueron escritos antes del estallido de la Primera Guerra Mundial (1984: 661-694). Otra vez, resulta allí fuertemente resaltada la vinculación intrínseca entre guerra, violencia y comunidad (política). Así, “comunidad política es aquella cuya acción consiste en que los partícipes se reservan la dominación ordenada de un ‘ámbito’ (...) y de la acción de los hombres situados en él de un modo permanente o sólo provisional, teniendo preparada para el caso la fuerza física, normalmente armada” (1984: 661).

Pueden verse aquí dispuestos ya varios elementos (como el anclaje territorial y la eventualidad del uso de la fuerza física) que posteriormente habrían de ser constitutivos de su más conocida definición de “Estado”. Sin embargo, Weber va un paso más allá: “Pues la comunidad política, aún más que otras comunidades con carácter de ‘instituto’, está constituida de tal modo y plantea tales exigencias a sus participantes, que gran parte de éstos solamente han de cumplirlas porque saben que detrás de ellas hay la posibilidad de que se ejerza una coacción física” (1984: 662). “Es la seriedad de la muerte la que aquí se introduce con el fin de proteger eventualmente los intereses de la comunidad. Tal circunstancia introduce en la comunidad política su *pathos* específico. También produce sus fundamentos emotivos permanentes” (ibídem).

En suma, son niveles de análisis muy diferentes de la comunidad (aunque siempre están articulados) los que aparecen implicados en los dos textos de Weber que se han considerado hasta ahora en esta parte del trabajo. Por una parte, en una orientación de carácter “histórico-universal”, poniendo énfasis en transformaciones institucionales y macrosociales (los “fenómenos de masa”), Weber explica de qué

logía ante la Primera Guerra Mundial han sido sintetizadas por Joas (1989). Abarcando un arco temporal más amplio, sobre las complejas relaciones entre guerra, violencia y teoría social, véase Joas y Knöbl (2008).



manera las inserciones de los individuos van cambiando su forma, así como también los grupos su contenido. Así, gracias a la “*Eigengesetzlichkeit*” de cada ámbito diferenciado de acción, no es difícil verificar la imposibilidad práctica de la comunidad en la esfera de la economía,³⁴ pero puede evidenciarse su emergencia o reactivación en circunstancias políticas específicas, como las que dan lugar a la formación de ciertas “comunidades políticas” y (en casos extremos aunque abrumadoramente reales en el mismo momento en que Weber escribía su excurso) en situaciones de guerra.³⁵

Otro concepto, central para las reflexiones weberianas sobre la “esfera política” y con amplias “implicancias comunitarias”, es el de “democracia plebiscitaria del líder”. Fue desarrollado en los últimos años de su vida, por ejemplo en algunas de las partes “nuevas” de *Economía y Sociedad* y en varios de los textos que fueron reunidos bajo el título de *Escritos Políticos* (como en el famoso “Politik als Beruf”, o “Parlamento y Gobierno en una Alemania Reorganizada”). Si bien no se lo desarrollará en detalle aquí,³⁶ en referencia a él sólo cabe mencionar un aspecto que ya estuvo presente en las reflexiones precedentes. A saber, que en sus descripciones más amplias y generales de la “tonalidad” predominante en la época histórica en la que le tocó vivir, es decir, en sus caracterizaciones de conjunto del orden social moderno, Weber suele presentar un panorama epocal signado por tendencias racional-

³⁴ Por demás, en uno de los capítulos “viejos” de *Economía y Sociedad* Weber considera la - a todas luces paradójica - “comunidad de mercado” (1984: 493-497). De ella se ocupa también Ferraresi (2003: 303-308).

³⁵ Pero no sólo eso (que ya no sería poco): en su análisis de la “esfera erótica” (1987: 453-458), Weber deja entrever que otra de las “comunidades” posibles en condiciones de modernidad es el matrimonio jurídicamente regulado. Cf. González García (1995). De todos modos, el análisis que aquí se ofrece se centrará en las esferas económica y política más que en las otras que trata Weber en su excurso (estética, intelectual, etc.), dado que aquéllas permiten ejemplificar de manera más clara, respectivamente, ya sea tanto la (relativa) imposibilidad como la posibilidad de la emergencia de la comunidad.

³⁶ Sobre este tema, pueden consultarse los trabajos ya casi clásicos de Mommsen (1981) y Beetham (1979). Más reciente es el trabajo de Breuer (1996).



zadoras, fragmentadoras, individualizadoras y “abstractizantes” (si se me permite este último término) de carácter masivo, aplanador, contundente, apabullante, generadoras de ese “cosmos impersonal” que constituye la maquinaria del capitalismo moderno y de sus dos componentes esenciales: burocracia y mercado. En el contexto de estas tendencias de conjunto, o debido a ellas, no es mucho el espacio que puede quedar abierto para algún registro de “comunidad”. El ejemplo más claro es el de la racionalización de la vida económica, que deja a los individuos “a la deriva”, persiguiendo cada uno de manera racional sus fines particulares, pero nadando en un mar de fondo signado por la pérdida de sentido (*Sinnverlust*) y la indiferencia axiológica.

Sin embargo, frente a ellas, como cuña introducida o como “palo en la rueda” de esas tendencias de carácter masivo, Weber resalta la posibilidad (fácticamente ya comprobada en ciertas y determinadas circunstancias, o incluso deseable de cara al futuro) de la aparición de acontecimientos excepcionales, extraordinarios y extra-cotidianos, de carácter disruptivo, que puedan contrarrestarlas, permitiendo a individuos y grupos dar sentido a lo que no lo tiene, ni podría, en principio, tenerlo jamás. El ya mencionado ejemplo de la guerra es uno de estos acontecimientos. Y otro es la constitución de comunidades políticas caracterizadas por un alto nivel de adhesión y compromiso emotivo con un “líder carismático” por parte de las “masas” de seguidores.

Para concluir: la guerra (como abrumadora y excepcional realidad) y el liderazgo carismático (como proyecto o utopía política) son unos de los pocos espacios de experiencia vital que, aún en contextos donde la tonalidad predominante viene marcada por una racionalidad formal de carácter societal, permiten el surgimiento o la recreación de alguna forma de “comunidad”. Esta comunidad es tomada por los líderes como “objeto de salvación” (Aronson, 2007: 222). Y, por otra parte, a sus



miembros les permite - gracias a la “comunización emotiva” que en ella surge – constituir y restituir un sentido de “totalidad” (ibídem: 224).

Los niveles de análisis implicados en ambas experiencias son bien diferentes, aunque todos ellos resultan eficazmente entrelazados en el marco de los desarrollos conceptuales weberianos. Así, la referencia a la guerra le permite a nuestro autor desplazar su foco desde los grandes procesos históricos hacia las más profundas intimidades del sujeto, y así articular ambos planos, justamente considerando el posicionamiento subjetivo de ese sujeto que debe enfrentarse a la ardua tarea de dar sentido no sólo a su propia vida vaciada de sentido por la maquinaria de la racionalización moderna, sino a la eventualidad de su propia muerte. Algo análogo sucede con la comunidad política de cuyo seno brota el liderazgo carismático. Los individuos, atribulados por el sin-sentido, buscan atar sus destinos a algo que los trasciende, hacia un futuro de redención que el líder indica como deseable, líder en quien depositan su fe de manera incondicional.³⁷ El ejercicio de “dar sentido” está existencial e individualmente anclado, pero permite (y esto es lo fundamental para este artículo que trata sobre “la comunidad”) constituir colectividades de carácter totalizante en las que se rompen “los límites del yo”:³⁸ la comunidad de los guerreros y la comunidad de fieles seguidores del líder.

3) A MODO DE CONCLUSIÓN

Luego de haber simplemente enumerado al comienzo del artículo variados exponentes de esta proliferación de “motivos comunitarios” que circulan en la actua-

³⁷ Como bien se sabe, la combinación de “guerra” y “líder carismático” alcanzaría en Alemania unas dimensiones espantosas, muy pocos años después de que Weber expresara todo esto. Losurdo (2003) no tiene así inconvenientes en colocar a Weber como antecedente de la “Kriegsideologie”. De mi parte, debo decir que pongo reparos a este tipo de ejercicios, aunque no pueda explicarlos en detalle aquí.

³⁸ La frase es de Marianne Weber (ver más arriba, nota 33).



lidad, el texto pasó a considerar las muy diversas problematizaciones acerca de la comunidad presentes en la obra de Max Weber (en pocas palabras: comunidad como tipo histórico, como tipo ideal y como utopía política).

La recreación de los textos weberianos se realizó a los fines de ver si en éstos puede encontrarse alguna sugerencia conceptual que permita echar al menos cierta luz sobre el carácter y el sentido de estas comunidades que abundan en el presente. Desde luego, la potencial fertilidad de estas sugerencias sólo podría ponerse fehacientemente “a prueba” a través de análisis empíricos detallados, descripciones fenomenológicas o relevamientos etnográficos de estas diversas comunidades, todo lo cual, desde luego, no podrá realizarse, ni siquiera esbozarse aquí. En cualquier caso, se aspira provisionalmente a preparar el terreno conceptual para que esta tarea pueda tener lugar.

Como se ha visto, el mayor énfasis en esta exposición ha estado puesto en aquellos textos weberianos donde la comunidad es presentada como una “proyección utópica”, esto es, en esos registros de comunidad caracterizada mayormente como artefacto contratendencial, como una suerte de “palo en la rueda” de la modernidad que se inserta en un contexto signado mayormente por abstracciones, pérdidas de sentido o, en otros vocabularios teóricos, “alienaciones”.

De manera paralela o yuxtapuesta a estos apasionados ensayos weberianos, en este trabajo también se ha mostrado la transición que Weber habría consumado hacia una teoría de la acción o hacia una teoría sociológica de carácter más bien “individualista”, transición que en sus últimos textos estaría ya casi completada. Así, la “*Vergemeinschaftung*”, tal como se ve en los primeros capítulos de *Economía y Sociedad* (1984: 33; 1980: 21), no implica un abandono total del clásico esfuerzo weberiano por explicar tendencial e histórico-estructuralmente los procesos de larga duración que abrieron su paso a la modernidad. Pero todo esto acontece poniendo el foco sobre todo en sensaciones, sentimientos, posicionamientos (*Einstellungen*)



del sujeto. Así, para el último Weber, una relación social se acerca al tipo de la “comunización” cuando el posicionamiento de la acción de sus participantes reposa en una sensación subjetiva de pertenencia común, de pertenencia conjunta (*Zusammengehörigkeit*). Y en ello, lo afectivo y lo tradicional (es decir, aquellos tipos que se encuentran en los escalones más bajos del gradiente de racionalidad que presenta en su famosa tipología de la acción social) juegan un papel relevante.

Se ha hablado muchas veces del *revival* contemporáneo de la comunidad. También en este artículo. Este *revival* tiene lugar de maneras muy distintas. A veces, “comunidad” aparece como el mejor - y más económico - recurso que se les ocurre utilizar a los actuales gestores de las políticas de Estado, justo en el momento en el que “sociedad” aparece cada vez más como un territorio de gobierno demasiado extenso, inmanejable, ingobernable y, sobre todo, oneroso. Por otro lado, cuando “clase social” o “ciudadanía nacional” aparecen como algo que a los diversos colectivos les queda demasiado “grande” e incluso incómodo, “comunidad” es también la fórmula desde la cual se enarbolan reivindicaciones, se formulan demandas, se establecen agendas y cursos de acción, y se construyen referencias identitarias. Ambos formatos de la comunidad (el tecnológicamente inventado “desde arriba”, o el construido “desde abajo”) no se mantienen “en estado puro”, dado que por lo general suelen aparecer entrelazados, entreverados, mezclados, se reconvierten uno en el otro, u obtienen sus apoyos uno del otro, o entran en tensión. La enorme complejidad de estas relaciones y la relativa novedad de estas configuraciones exigen renovar el instrumental conceptual disponible para comprenderlas. ¿Qué podría aportar Weber a estos fines?

Dadas las profundas ambigüedades de su pensamiento, no sorprende que podamos relacionar las posiciones weberianas con ambas orientaciones de la comunidad: la que se inventa tecnológicamente “desde arriba” (la que se pretende erigir donde previamente sólo existían individualidades anómicamente dispersas), y



también la que se construye lenta y penosamente “desde abajo” (para, a su vez, constituir un cierto “todo” que, en cualquier caso, siempre resulta ser más acotado y restringido que aquella “sociedad” que problematizaron otros sociólogos clásicos contemporáneos de Weber).

Tanto en la comunidad de los combatientes como entre los seguidores del líder carismático queda claro que se está hablando de relaciones de autoridad, de mando y de obediencia. Justamente en ellas es posible detectar la ambivalencia presente en ese juego doble que se da entre lo “ascendente” de quienes “desde abajo” confieren autoridad, de quienes “autorizan” y se constituyen como seguidores de algo o de alguien en quien depositan su confianza y su lealtad, y lo “descendente” de quien “desde arriba” convoca, aglutina, moviliza y, además, tiene éxito en hacerlo. Resulta notable que, en ambos casos, en el polo de la autoridad se encuentre el Estado. Esto no implica sostener automáticamente que en la lectura weberiana el Estado sea sin más equivalente a la comunidad, pero sí que es posible detectar la importancia de la autoridad estatal en el proceso de conformación de comunidades, al menos en estas variantes utópico-políticas que se han examinado aquí.

Ahora bien, aquellos tiempos de guerra, y de búsqueda desesperada de mecanismos de contención del fenómeno burocrático, eran tiempos ciertamente excepcionales, y así eran percibidos por sus propios contemporáneos. La guerra rompe las rutinas y la tranquilidad al menos relativa de los tiempos de paz, y el liderazgo carismático altera la estabilidad tanto de lo tradicional sostenido desde tiempos inmemoriales como de las rígidas formalidades procedimentales. Es en ese sentido que la comunidad puede emerger como proyecto, como utopía política, asumiendo mayormente un formato de artefacto contratendencial que no se da de manera “natural” o automática, sino que debe ser construido activa y deliberadamente.

Si se hiciera aunque sea una ligera comparación entre las propuestas comunitarias que por entonces se hacían, tan firmemente ancladas en su época, y nuestro



tiempo de hoy también signado por un intenso proceso de reactivación comunitaria, quizás pudiera sacarse la conclusión de que Max Weber ya no tiene mucho para decirnos. Pero posiblemente sería ésa una decisión apresurada. Aún para una época como la nuestra, aquellas viejas sugerencias weberianas probablemente conserven todavía algo de vigencia, puesto que parecen ser apropiadas para circunscribir las ambivalencias siempre presentes en las comunidades empíricas y, sobre todo, permiten visualizar a estas últimas como resultado de relaciones complejas en las que se articulan intenciones y propósitos no siempre coincidentes, consideradas ya sea desde uno o desde el otro lado de la relación (o del conjunto de relaciones) que toda comunidad supone (suponiendo, de manera quizás algo reduccionista, que allí sólo puede haber dos lados).

Desde luego, afirmaciones tan generales como las que se están haciendo aquí requerirían algún nivel de especificación empírica. Más allá de su común denominación como “comunidades”, no es mucho lo que puede haber en común entre un conjunto de consumidores de una determinada mercancía o servicio (donde en algunos casos pueden desplegarse más o menos auténticos lazos de identificación contruidos entre ellos sobre la base de afinidades, tanto como deliberados afanes de instrumentalización o manipulación de esos lazos por parte de actores económicamente interesados en que ello suceda) y los destinatarios de un programa de política pública (que a veces se organizan “desde abajo” en formatos comunitarios para precisar sus demandas y hacerlas valer, y otras veces apenas son el resultado estadístico de un puñado de consultores que los construyen como tales “desde arriba”). Por lo general, en realidad, ambas cosas son las que suceden: lo “auténtico” y “natural” se articula de manera siempre conflictiva con lo “construido”, “manipulado” y “burocratizado”. Si a esto le agregamos que en la base de las afinidades comunitarias no sólo hay pautas de consumo, sino un conjunto de otros factores - a primera vista tan disímiles entre sí - como orientaciones sexuales, confesiones religiosas, perte-



nencias étnicas, estilos de vida, actividades laborales, prácticas “contraculturales” y muchos – en principio incontables – etcéteras, el panorama se complejiza aún más.

También debería ser tarea del análisis empírico detectar en qué sentido el papel del Estado es significativo y efectivo o bien incidental o nulo en la conformación de todas estas comunidades. Finalmente, habrá que analizar en detalle en qué sentido “comunidad” designa un conjunto de sensaciones genuinamente sentidas y compartidas por sus partícipes; o bien es el nombre que voluntariosa e interesadamente se le asigna a colectivos u otras entidades compuestas por individuos dispersos, atomizados, fragmentados, es decir, que portan cualquier significado menos el que suele asociarse a la – casi por definición cohesiva y abigarrada - semántica de la comunidad; o bien, finalmente, es el espacio donde, en dosis de dificultoso discernimiento, lo “natural” y lo “arbitrario” coexisten conflictivamente.

En suma, y para concluir, lo que importa subrayar es que frente a esa “dominación universal de la no fraternidad” que hoy suele llevar el nombre de “neoliberalismo”, y que en los tiempos de Weber se llamaba, sin más, “capitalismo”, la “comunidad” vuelve a estar al orden del día como artefacto político-tecnológico de primer orden, pero también como recurso predilecto de sentido e identidad. A su vez, la “sociedad”,³⁹ está en el hospital, y quizás a esta altura ya haya que ir a ponerle flores en el cementerio donde yacen algunas entidades sociales (y algunos conceptos sociológicos fundamentales).⁴⁰ Sin embargo, posiblemente el “viejo Weber” pueda todavía suministrar alguna herramienta útil para comprender todo esto.

³⁹ Esto se dice al menos en el sentido que tiene el término en el registro durkheimiano-parsoniano, es decir, como totalidad o estructura de individuos interdependientes, sostenidos por una matriz básica de valores cohesivos. Porque sabido es que Weber fue ciertamente reacio al uso del concepto de “sociedad”, y dedicó sus mayores esfuerzos teóricos a reemplazarlo por formulaciones que le permitieran tomar distancia de las posiciones a las que repudiaba por su cercanía al organicismo. Véase Lichtblau (2000: 423), y Tyrell (1994).

⁴⁰ Desde luego, para no aparecer como temeraria, una afirmación de esta índole requeriría necesariamente de profundizaciones. En ellas, entre otras cosas, cabrá entonces preguntarse qué ha quedado (si algo) en pie del potencial explicativo actual de aquella polaridad conceptual (*Gemeinschaft-*



4) BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Villanueva, L., 1984, "El programa teórico-político de Max Weber", en Galván Díaz, F. y Cervantes Jáuregui, L. (comps.), *Política y Des-ilusión (Lecturas sobre Weber)*, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Azcapotzalco), México.
- Alvaro, D., 2010, "Los conceptos de "comunidad" y "sociedad" en Ferdinand Tönnies", *Papeles del CEIC*, vol. 2010/1, 52 <<http://www.identidadcolectiva.es/pdf/52.pdf>>
- Aron, R., 1965 [1935], *La sociología alemana contemporánea*, Paidós, Buenos Aires.
- Aronson, P., 2007, "El carácter revolucionario del cambio. La quimera de las revoluciones", en Aronson, P. y Weisz, E. (eds.), *La vigencia del pensamiento de Max Weber a cien años de "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo"*, Gorla, Buenos Aires: 215-233.
- Bauman, Z., 2003, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Siglo XXI, Madrid.
- Beetham, D., 1979, *Max Weber y la teoría política moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Breuer, S., 1996, "Von Tönnies zu Weber. Zur Frage einer "deutschen Linie" der Soziologie", *Berliner Journal für Soziologie*, 6: 227-245.
- Breuer, S., 1996, *Burocracia y carisma. La sociología política de Max Weber*, Alfons El Magnànim, Valencia.
- Dean, M., 1999, *Governmentality. Power and Rule in Modern Society*, Sage, Londres.
- de Marinis, P., 2005, "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)", *Papeles del CEIC* N° 15, <<http://www.identidadcolectiva.es/pdf/15.pdf>>
- de Marinis, P., 1999, "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)", en: Ramos Torre, R. y García Selgas, F. (eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, CIS, Madrid: 73-103.

Gesellschaft) que acuñó Tönnies a finales del siglo XIX. Esa línea de indagaciones transita, entre otros, [Sasín](#) (2010).



- de Marinis, P., 2008, "Max Weber: la disputada herencia de un clásico de la sociología" (Entrevistas a Wolfgang Schluchter y Dirk Käsler), *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* N° 121: 169-204.
- de Marinis, P., en prensa, "Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies)", en de Marinis, P., Gatti, G.; Irazuzta, I.(eds.), *La comunidad como pretexto: en torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*, Anthropos, Barcelona.
- Donzelot, J., 2007 [1984], *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Farfán, R., 1998, "F. Tönnies: la crítica a la modernidad a partir de la comunidad", en Zabludovsky, G. (coord.), *Teoría sociológica y modernidad. Balance del pensamiento clásico*, UNAM/Plaza y Valdés, México: 187-212.
- Farfán, R., 2007, *Comunidad y Sociedad. Ferdinand Tönnies y los comienzos de la sociología en Alemania (1887-1920)*, UAM-Azcapotzalco, México DF.
- Ferraresi, F., 2003, *Il fantasma della comunità. Concetti politici e scienza sociale in Max Weber*, Franco Angeli, Milán.
- Fitzi, G., 1994, "Un problema linguistico-concettuale nelle traduzioni di Weber 'comunità'", *Filosofia Politica* VIII, n° 2: 257-268.
- González García, J.M., 1995, "Max Weber: razones de cuatro nombres de mujer. A propósito de la biografía de Marianne", *Debats* n° 54: 107-117.
- Haidar, V., 2010, "De la disolución a la recreación de la comunidad. Un contrapunto entre Max Weber y Francois Perroux", *Papeles del CEIC*, vol. 2010/1, 54 <<http://www.identidadcolectiva.es/pdf/54.pdf>>
- Joas, H., 1989, "Die Klassiker der Soziologie und der Erste Weltkrieg", en Joas, H. y Steiner, H. (eds), *Machtpolitischer Realismus und pazifistische Utopie. Krieg und Frieden in der Geschichte der Sozialwissenschaften*, Suhrkamp, Frankfurt/Main: 179-210.
- Joas, H.; Knöbl, W., 2008, *Kriegsverdrängung: Ein Problem in der Geschichte der Sozialtheorie*, Suhrkamp, Frankfurt/Main.
- Lamo de Espinosa, E., 2001, "La sociología del siglo XX", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* N° 96: 21-50.
- Lichtblau, K., 2000, "'Vergemeinschaftung' und 'Vergesellschaftung' bei Max Weber. Eine Rekonstruktion seines Sprachgebrauchs", *Zeitschrift für Soziologie* 29: 423-443.
- Lichtblau, K., 2001, "Vom Geist der Gemeinschaft zum Geist der Neuzeit. Annotationen zur Ferdinand Tönnies Gesamtausgabe", *Tönnies-Forum*, 10, 2: 41-60.



- Lichtblau, K., 2003, "Die beiden Soziologien von Max Weber", *Max Weber Studies* 3, 2: 233-238.
- Liebersohn, H., 1988, *Fate and Utopia in German Sociology, 1870-1923*, MIT Press, Cambridge.
- Losurdo, D., 2003, *La comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la "ideología de la guerra"*, Losada, Buenos Aires.
- Lukács, G., 1976 [1954], *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona, Grijalbo.
- Mommsen, W., 1981, *Max Weber. Sociedad, política e historia*, Alfa, Buenos Aires.
- Mommsen, W., 2000, "Max Weber's 'Grand Sociology': The Origins and Composition of *Wirtschaft und Gesellschaft*. *Soziologie*", *History and Theory* 39: 364-383.
- Naishtat, F. (comp.), 1998, *Max Weber y la cuestión del individualismo metodológico en las ciencias sociales*, Eudeba, Buenos Aires.
- Nisbet, R., 1996 [1966], *La formación del pensamiento sociológico 1*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Nocera, P., 2006, "Mediaciones conceptuales en la sociología de Max Weber. A cien años de 'La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo'", *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* N° 13, <http://www.ucm.es/info/nomadas/>
- Osborne, T., y Rose, N., 1997, "In the name of society, or three theses on the history of social thought", *History of the Human Sciences* 10 (3): 87-104.
- Ringer, Fritz K., 1995 [1969], *El ocaso de los mandarines alemanes. La comunidad académica alemana, 1890-1933*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona.
- Rose, N., 1996, "The death of the social? Re-figuring the territory of government", *Economy and Society* 25 (3): 327-356.
- Rose, N., 1999, *Powers of freedom. Reframing political thought*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rossi, P., 1973, "Introducción", en Weber, M., *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires: 9-37.
- Sasín, M., 2010, "La comunidad estéril. El recurso comunitario como forma de auto-descripción social", *Papeles del CEIC*, vol. 2010/1, 57 <<http://www.identidadcolectiva.es/pdf/57.pdf>>
- Tönnies, F., 1947 [1887], *Comunidad y sociedad*, Losada, Buenos Aires (Traducción de José Rovira Armengol).
- Tönnies, F., 1942 [1931], *Principios de sociología*, FCE, México DF (Traducción de Vicente Llorens).



- Torterola, E., 2009, "Historia, cultura y sociología. Un repaso por los sentidos de la comunidad en la obra de Georg Simmel", ponencia presentada en el XXVII Congreso ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), Buenos Aires, Argentina, 31/08 /09– 04/09/09.
- Torterola, E., 2010, "Racionalización y comunización en la esfera económica. Los matices del individualismo en la teoría de la modernidad weberiana", *Papeles del CEIC*, vol. 2010/1, 56 <<http://www.identidadcolectiva.es/pdf/56.pdf>>
- Tyrell, H., 1994, "Max Webers Soziologie eine Soziologie ohne 'Gesellschaft'", en Wagner, G. Zipprian, H. (eds.), *Max Webers Wissenschaftslehre. Interpretation und Kritik*, Suhrkamp, Frankfurt am Main: 390-414.
- Villacañas, J. L., 1996, "Tönnies versus Weber", en: Cortés, F. y Monsalve, A. (eds), *Liberalismo, Comunitarismo, Derechos Humanos y Democracia*, Alfons el Magnánim, Valencia.
- Weber, M., 1995 [1926], *Max Weber. Una biografía*, Alfons El Magnánim, Valencia.
- Weber, M., 1984 [1922], *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México DF.
- Weber, M., 1980 [1922], *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der verstehenden Soziologie*, Mohr-Siebeck, Tübingen.
- Weber, M., 1973 [1922], "Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva (1913)", en Weber, M., *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires: 175-221.
- Weber, M., 1987 [1920], *Ensayos sobre Sociología de la Religión. Vol. I y II*, Taurus, Madrid.
- Weber, M., 1990 [1892], "La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del Este del Elba. Visión general (1892)", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 49: 235-255.
- Weber, M., 1991 [1921], *Escritos Políticos* (Edición de J. Abellán), Alianza, Madrid.
- Zeitlin, I., 1970, *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires.



Protocolo para citar este texto: de Marínis, P., 2010, "La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la *Vergemeinschaftung* hasta la comunidad de los combatientes", en *Papeles del CEIC*, nº 58, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/58.pdf>.

Fecha de recepción del texto: noviembre de 2009

Fecha de evaluación del texto: enero 2010

Fecha de publicación del texto: marzo de 2010

